

esta escala maravillosa, que une lo humano con lo divino, primeramente el Corazón del Hobre-Dios, después, en sentido descendente, el Corazón inmaculado de su Madre virginal. Más abajo se ofrecen seguidamente a nuestra admiración S. Miguel, con las innumerables cohortes que componen las milicias celestiales, y los grandes santos que han ilustrado a la humanidad con su doctrina y sus hermosos ejemplos de virtud y perfección.

Veamos ahora en qué manantial de amor ha querido Dios satisfacer con preferencia ese deseo de ser amado. ¿Cuál es el corazón en que ha venido a descansar primeramente su mirada, cautivado por su soberana belleza? ¿Ha obrado, por ventura, al estilo de los hombres que fluctúan y titubean sobre el camino que han de seguir o en la elección de los medicos, haciendo diversas tentativas antes de llegar al fin? ¿O bien, a semejanza del artista que a medida que van apareciendo los primeros productos de su portentoso cerebro, ve tomar relieve y afianzarse e imponerse su arte? Más claro; ¿ha recurrido Dios al corazón de su Cristo solamente en último término, después de las lamentables ruinas que presenció su sabiduría infinita en las regiones de lo eterno, y cuando vió que gran número de corazones cerraban ingratos la puerta al llamamiento reiterado de su amor?

No es creible que así obrara. Si el Todopoderoso pronunció su palabra creadora para hallar fuera de Sí corazones capaces de amarle, ¿quién no ve que debió comenzar su obra por el más perfecto, por el más amante de todos los corazones, por el Corazón sacratísimo de su Hijo?

Así, pues, a nuestra manera de entender, antes de que esa palabra única resonara en los espacios inmensos de la eternidad, todas las naturalezas, que yacían en los senos de la mera posibilidad, estaban como pendientes de las miradas de la Santísima Trinidad, solicitando el privilegio de la elección divina.

Mas, Dios ha determinado no hacer brotar ese manantial de amor, tan deseado, de una mera criatura, pobre y mezquina de suyo cuando está sola, entregada a sí misma, a su propia personalidad impotente, y llena de imperfecciones; y en el consejo de la augusta Trinidad decreta que la segunda Persona, el Verbo, se una a la naturaleza humana; desde entonces la inteligencia y la voluntad de ese nuevo ser humano que el Verbo ha asumido, comunicándole su personalidad divina, serán la fuente, el manantial del conocimiento más perfecto, del amor más intenso que se pueden concebir fuera de Dios, al mismo tiempo que serán levantadas esas facultades a participar de la felicidad de la Trinidad beatísima en la medida que es dable a la criatura beber hasta saciarse en los torrentes de las delicias infinitas.

Pero ¿donde se llevarán a cabo esa unión hipostática? La Sabiduría ha ordenado que el Verbo tome carne en el seno de una Virgen.

Todas las mujeres que entran en el número de los posibles; están, digámoslo así, esperando que Dios se incline hacia alguna de ellas para hacer la elección que tiene meditada. Pero esta recae en María; ella será, pues, Madre de Dios, sin dejar por eso de ser Virgen, y